

ME ATREVO A CONTAR MI HISTORIA AQUÍ

El placer y el ingenio como herramientas para leer los textos de la colección Libro al Viento en clase de lenguaje

GIZELLA ROCÍO CABANILLAS VILLALOBOS

La portada

«Quedé paralizada», dice Michelle, al recordar la primera vez que leyó *Memorias palenqueras y raizales* de la colección Libro al Viento. El capítulo «Navidad con Tante Friday», escrito por Hazel Robinson, cuenta la historia de una mujer negra esclava, con cabello blanco y tieso. «En ese momento imaginé a Corina Prado, mi bisabuela que hoy tiene 95 años. Casualmente, tiene los mismos rasgos de Tante y vivió su misma historia. Cuando leí el libro, inmediatamente viajé a Tumaco y le pregunté a mi bisabuela cómo había sido su historia. Quería que me contara todos los detalles». Con el libro en sus manos, Michelle recuerda cómo en las playas de Cartagena su bisabuela se convirtió en esclava. Corina tenía tan sólo 8 años y, junto a sus padres, tuvieron que pasar abusos, maltrato físico y verbal y trabajar cultivando verduras. Además, recuerda cómo eran marcados con hierros calientes en su cuello y cómo muchas de las mujeres eran vendidas y abusadas sexualmente. «Fue algo que me marcó», agrega la estudiante. Michelle manifiesta que el mejor día de la vida de su bisabuela fue cuando la liberaron, en 1925. Cuando eso pasó, quienes los tenían oprimidos les dijeron que se largaran o si no los mataban. Salieron al mar y nadaron más de 5 horas, caminaron en tierra firme durante varios días hasta llegar a Tumaco, donde, «llena de cicatrices en su corazón, mi bisabuela hizo una nueva vida» (SED, 2013).

Ella es Michelle Ruiz, estudiante del colegio Simón Bolívar de Engativá, quien protagonizó el conversatorio anual programado sobre Libro al Viento en la institución. Libro al Viento es la colección de obras literarias, en su mayoría clásicas, que el Distrito ha puesto a disposición de sus ciudadanos para acceder a la lectura. Este instrumento, que llega a los colegios públicos en cantidades generosas, con ilustraciones atractivas y tamaño práctico, es el insumo que me ha permitido enseñar el gusto por la lectura y romper con el beligerante silencio de mis estudiantes. Entonces, se convirtió en reto la pregunta: ¿cómo enseñar el gusto por la lectura y romper con el silencio de los estudiantes después de abordar un texto literario?

El título-el autor

Me propuse el reto pedagógico de estimular el goce por la lectura e implementar un proyecto que permitiera a los estudiantes atreverse a relacionar el texto leído con su historia de vida y hablar de ello. El reto inició en 2010. Tarea titánica, temeraria y casi insolente. Mi modesta experiencia como docente de Lengua Castellana y mis propios estudiantes, me han permitido desarrollar la habilidad para desempeñar esta labor. Se debe tener en cuenta que cualquier placer excluye la imposición, por lo tanto, el primer encuentro con el libro debe ser planeado. Por ejemplo, buscar el vestido perfecto, que ajuste pero que no apriete. Como lo afirma el escritor William Ospina (2006): «cuando un libro se convierte en una obligación o en un castigo, ya se ha creado entre él y el lector una barrera que puede durar para siempre».

El texto debe ir acorde con el grupo, siendo en algunas ocasiones irreverente con el plan de estudios, porque cada grupo es una «caja de sorpresas» de la que no se sabe qué pueda salir. La elección del libro es fundamental. Afortunadamente, los grupos de adolescentes tienen algo en común, luchan con pasados sin resolver, se caracterizan por espíritus insumisos, personalidades desmesuradas, pero todos sueñan, intuyen un futuro y cuentan con un universo de significaciones e imágenes inagotables.

Pensar en codificar y decodificar un texto sería como un golpe directo a la yugular. El libro debe conmover el alma del grupo lector, su existencia humana. Leer en voz alta, en voz baja, mentalmente, no importa. Lo realmente importante es enseñar la disciplina de leer, porque el goce requiere también de disciplina, de la sumisión a la lectura.

Las ilustraciones

Todo comienza con la asignación y posesión del texto. Los estudiantes pueden llevárselo a su casa para que lo exploren cómo y cuándo quieran. No sin antes, claro está, haber elaborado un estuche especialmente para el libro. Los niños fabrican su «estuche-lector» en clase (el empaque en cualquier artículo comercial, seduce), con sus propias manos. Emplean el material de su agrado, lo personalizan y lo marcan con plena libertad. A veces recibo estuches o bolsas viajeras personalizadas con ayuda extra por excelentes abuelitas tejedoras, mamás expertas en *foamy*, papás con escasas clases de costura y teoría del color; pero no importa, bienvenidos son. Cómo las aprecian los niños y, en ocasiones, cómo me odian los padres. Por mi parte, garantizo en algo la preservación de los libros.



Aunque se los llevan a sus casas, los estudiantes deben traer los libros al aula porque ahora son su compañía y su responsabilidad: en clase se inicia la disciplina hacia la lectura. Todos sacan su ejemplar de Libro al Viento (a todos se les asignó un libro, no hay disculpas para quien no lo tiene), acompañándolo del mejor amigo de este encuentro, el diccionario,

que permite aclarar los significados de las palabras y colocarlas en contexto. Así, comienza la lectura en voz alta, en ocasiones dirigida por la maestra, en otras, por niños habilidosos en el tema: escuchar es mucho mejor entre pares. Se corrigen problemas de dicción, se aclaran conceptos, se detectan problemas de visión, de audio y de tedio de la lectura. A algunos de los alumnos se les critica duramente, otros se salvan y unos más se quedan en sala de espera. Luego, se comienza a entrelazar la lectura con la vida misma, a deleitarse con personajes y espacios que no son revelados pero sí contruidos en sus propios universos.

La tabla de contenido

«Me atrevo a contar mi historia» es una propuesta pedagógica innovadora que se ha puesto en marcha desde la clase de Lenguaje. Nace como una oportunidad para relacionar y socializar el texto leído por los jóvenes y niños con sus propias historias de vida. Permite escuchar un interlocutor que humaniza el libro leído y se atreve a compartir sus vivencias y experiencias a la comunidad académica, develando a sus receptores un cúmulo de conocimiento que se encontraba implícito en el texto. Este descubrimiento, a través de su mismo compañero de clase, ha aflorado la inquietud en los estudiantes frente a los temas tratados en los textos, a hacer preguntas, a cuestionarse, a ser críticos, a romper con el silencio. Corroborando, además, que la construcción de conocimiento también puede darse desde ellos mismos.

La biografía del autor

La metodología propuesta está basada en la práctica obtenida durante varios años de leer algunos textos de la colección Libro al Viento y de relacionarlos con experiencias de vida. Como han sido los casos de la tragedia de Sófocles, *Antígona*, entrelazada con la vivencia de un estudiante desplazado por la violencia (2010); los *Cuentos e historias* de León Tolstói, contextualizando la cultura rusa con la experiencia de una niña de ese país, que vive en Colombia, como invitada al conversatorio (2012) y la historia de Tante Friday, la última esclava que habitaba la isla de San

Andrés, fuente de inspiración para descubrir que una compañera de clase tenía aún viva a su bisabuela, quien también había sido esclava (2013). O el conocimiento obtenido con *Recetario santafereño*, libro que recoge la memoria gastronómica de Bogotá y que posibilitó visibilizar las experiencias de algunos niños como «chefs» y otros como «ayudantes de cocina» en negocios familiares, aportando orgullosamente al desarrollo de economías informales que les brindan el sustento diario (2014).

¡Libro al Viento en acción!

Y es precisamente al entrelazar la lectura con la vida donde me encontré con mi primer conversatorio. Después de leer *Antígona* de Sófocles, el joven que venía desplazado del Urabá antioqueño descubrió su vida en el libro. Así es que quiso compartir cómo lo había impactado la historia y cómo encontró respuestas al actuar de su madre y tías.

¿No ha juzgado Creonte digno de honores sepulcrales a uno de nuestros hermanos, y al otro tiene en cambio deshonrado? Es lo que dice: a Etéocles le ha parecido justo tributarles las justas, acostumbradas honras, y le ha hecho enterrar de forma que en honor le reciban los muertos bajo tierra. El pobre cadáver de Polinices, en cambio, dicen que en un edicto dio a los ciudadanos prohibiendo que alguien le dé sepultura, que alguien le llore, incluso. Dejarle allí, sin duelo, insepulto, dulce tesoro a merced de las aves que busquen donde cebarse (Sófocles, 2004).

El joven relató cómo había sido su infancia en esa región, su vegetación, sus ríos, los animales, la distancia que tenía que recorrer para llegar a la escuela, el tamaño del río Atrato y la violencia. Aclaró que la violencia no le había tocado tan duro como a su mamá, tíos y abuelos. De manera pausada, algo tímida pero con voz grave y firme, narró cómo sus tías, madre y abuela fueron víctimas de la guerra, ya que se encontraban en medio del fuego de tres fuerzas armadas diferentes, e hicieron lo mismo que Antígona: después de una masacre enterraron a sus muertos a pesar de la orden de no hacerlo.

Todos quedamos en silencio. No había tenido una clase como ésta, ni mis estudiantes ni yo. Un relato desgarrador, diáfano y real. Y al terminar, comenzaron las preguntas: ¿Urabá?, ¿Atrato?, ¿Chigorodó?, ¿Urabá antioqueño?, ¿masacres?, ¿cuáles fuerzas armadas?

El ingenio no daba espera. Ante tanta materia prima, el corazón se hinchaba y el conocimiento aclamaba manantial de respuestas. El texto de *Antígona* dio para todo. Desde lo geográfico, lo político, lo lingüístico, lo económico, desde las bases del derecho y, lo más importante, desde la participación masiva del curso para aclarar las dudas que surgieron. Me sorprendieron con su claridad, creatividad y capacidad de análisis y reflexión. El impacto de la lectura del texto, el relato del joven y el apoyo decidido del curso, merecía tener mayor impacto. Y allí nació el primer conversatorio llamado: «Mi madre y mis tías, como Antígona, también fueron decididas».

Se realizó la logística del evento, el montaje de todos los detalles y, por supuesto, llegaron los cursos invitados. Durante la presentación, el relato en el auditorio produjo el mismo silencio. ¿Y qué generó en los cursos invitados? Admiración y respeto por el joven. ¿Preguntas en el conversatorio?: muchas. Pero increíblemente, una demanda inmensa por leer *Antígona*, tanto así que se me agotaron los libros y tuve que crear préstamos limitados y con fechas concretas de entrega. Éxito total.

Al siguiente año, me propuse incluir dentro de mi práctica docente un conversatorio anual. Y se volvió casi una necesidad, porque el primer conversatorio dejó enlazado el segundo. Era costumbre que los estudiantes preguntaran: y este año, ¿sobre qué va a ser el conversatorio? ¿Profe, tienes otras historias? Entonces, a partir de leer *Fábulas e historias* de León Tolstói, surgieron muchas preguntas sobre las supersticiones, el clima y la cultura y los vocablos y fiestas de la cultura rusa. En general, las dudas aparecieron especialmente en los contextos de los cuentos. ¿Qué era un «mujic»? El «zar», ¿era un rey? ¿Por qué los acertijos?

El que encuentre esta piedra, leyeron, debe tomar el camino del bosque al amanecer. Encontrará un río; tendrá que atravesarlo a nado hasta alcanzar la otra orilla. Allí encontrará una osa con sus crías y correr montaña arriba con ellas, sin mirar atrás ni una sola

vez. En la cima de la montaña hay una casa, y en esa casa encontrará la felicidad (Tolstói, 2005).

Y, ¿qué hago en este caso? Dio la casualidad de que mi nueva vecina era rusa, Alona Lyentsova. A pesar de no hablar aún muy bien el castellano, nos hicimos amigas. Me acostumbré a decir en nuestras conversaciones: ¡*Spacibo!* o ¡*Droboye utro!* («¡Gracias!» o «¡Buenos días!»). Así que la invité a mi nuevo conversatorio llamado «Tolstói, *Spacibo*». Ella estaba algo nerviosa, y fue acompañada de su hija adolescente, Cristina, quien también es rusa y domina mejor nuestra lengua. Entre las dos presentaron características de su país y respondieron, una a una, las preguntas del auditorio, aquellas que les había generado la lectura previamente realizada y los aspectos que sobre el tema habían consultado. Además, Cristina preparó un escrito en el que contaba su experiencia de vivir en Colombia y cómo había sido su primera vez en una plaza de mercado. Le parecía increíble que, a sólo dos horas de viaje, existiera un clima diferente; además, estaba feliz con la comida, la música y la gente. Para este conversatorio la preparación fue aún mayor, ya que se tenía la oportunidad de contar con nativos, quienes podrían acompañar imaginariamente el viaje que había proporcionado la lectura. El resultado de este conversatorio fue nuevamente la curiosidad por el libro. Para esta ocasión, ya tenía mejor planeada la organización del préstamo de libros ante la masiva demanda del texto.

El tercer conversatorio «África, la otra madre olvidada», surgió después de socializar la lectura del texto *Navidad con Tante Friday*, de Hazel Robinson; el evento apareció como reportaje en la página principal de la Secretaría de Educación, sección noticias institucionales (Secretaría de Educación Bogotá, 2013). El libro narra la historia de una anciana que representaba los vestigios de la época de la esclavitud en la isla de San Andrés a mediados de los años de 1960.

Mi madre siempre le regalaba una bolsa de víveres los domingos en pago del cuidado que ella dedicaba al jardín alrededor del templo. Mi madre también me contó en varias ocasiones, que Tante Friday era la última descendencia, nieta directa, de esclavos. Decía tener más de cien años pero nunca supo decir cuántos. No tenía documento alguno y su partida de nacimiento no apareció en

la iglesia Bautista, lugar a dónde acudí mucho después, por ser los que registraron por décadas los nacimientos, matrimonios y muertes de los nativos de la isla (Robinson, 2011).

Después de la lectura, mi estudiante se acercó y me dijo que su bisabuela también había sido esclava. Ante este comentario, quise conocer muchos detalles, pero la niña carecía de estos. Pregunté si su bisabuela aún vivía y que si podríamos conversar con ella. Me respondió que en esas vacaciones iría con su familia a visitarla. Así que le propuse que nos permitiera conocer la historia de su bisabuela a través de ella. El texto tuvo tal impacto en mi estudiante, Michelle Ruiz, que en esas vacaciones del mes de junio cumplió con su objetivo a cabalidad: escuchó atentamente la historia de su bisabuela.

Ella nos contó, orgullosa, la historia. Con detalles, con fotos y con la emoción de las lágrimas y del sufrimiento de sus antepasados. Reveló que su bisabuela aún conservaba el sello con el que los marcaban; lo conservaba entre un paño que lo cubría y no dejaba que nadie se acercara o lo tocara. Y contó la voluntad explícita de su bisabuela de ser sepultada con él, «porque así quería enterrar sus recuerdos». Las preguntas sobre Tumaco, la perla del pacífico, surgieron al terminar el relato. Durante los preparativos de presentación y dirección del conversatorio, ella me preguntó si podría traer a sus padres, pues ellos querían escucharla. En ese momento encontré que al conversatorio podrían asistir padres de familia de los cursos invitados. Sus padres la acompañaron y apoyaron durante todo el evento. Corroboraron su historia y también respondieron preguntas de manera informal. Quizás este acompañamiento familiar generó un discurso afable, alegre, mesurado y marcó al auditorio, como a su bisabuela, la señora Corina. También estuvieron presentes funcionarios de la Secretaría de Educación, quienes escucharon el conversatorio, entrevistaron a Michelle, a algunos estudiantes y a mí.

Luego, un compañero docente del colegio de jornada contraria fue quien me contó que el conversatorio estaba en la página de la Secretaría de Educación; me felicitó y siguió. Yo no sabía hasta ese momento de este reconocimiento. Después fueron mis compañeras de área quienes colocaron en la cartelera del colegio este sencillo logro y, por supuesto, la comunidad se enteró. Este acontecimiento terminó empoderando aún

más el trabajo que se lleva a cabo. No sólo el conversatorio, porque esta es la actividad final, si no la infinita posibilidad de enlazar la lectura con la vida misma, a través de la imaginación y la creatividad. Por lo tanto, estoy atenta a cualquier oportunidad, porque siempre se dan. Sólo tengo que aprovecharla.

Y este fue el caso del último conversatorio con el texto *Recetario santafereño*. Comenzamos con la apropiación del libro, y la introducción nos atrapó. De inmediato se evidenció el interés de los chicos por el tema, y la curiosidad por los platos (sopa de indios, sopa de ruyas, papas en «chupe», mistela, islas flotantes...), y los nombres exóticos de algunos (caspiroleta, rosquetes, envueltos huecos, arepas trasnochadas, papas postizas, cabeza de rostro divino). De la mano del libro se recorrió el camino gastronómico desde el descubrimiento de América —contando la mezcla de influencias culturales de cocina—, hasta la cosmopolita ciudad actual de influencias nacionales e internacionales.

Hacia mediados del siglo XIX, la capital no fue ajena a la expansión y hegemonía culinaria francesa: salsas, gratinados, rollos, *soufflés*, así como toda una *pâtisserie* y *boulangerie* vinieron a competir con los sudados y sopas, las mogollas, las garullas, rosquetes y colaciones autóctonas —campo en el que teníamos buenas credenciales, gracias al impulso de la cocina conventual (García, 2012).

La lectura y la imaginación hicieron que el paladar, el gusto y la sazón no dieran espera. Surgió entonces el conversatorio «No hay como el sazón de mi mamá». Y esto generó múltiples propuestas. De manera que se hicieron líneas de investigación: restaurantes antiguos y contemporáneos de Bogotá, estudio de nombres de platos santafereños y el legado culinario en mi familia. Esta lectura dio para todo, tanto así que disfrutamos de papas «chorriadas» que mandaron las abuelitas, masato de arroz de las mamás que, sin duda, nos comimos hasta la «pega». Aprendimos y disfrutamos mucho, desde la lectura inicial hasta la organización de las actividades que llevaron al convite. Y el uso de la primera persona del plural es necesario, porque gracias al apoyo de las familias, yo también aprendí.



AFRICA- LA OTRA MADRE- OLVIDADA



EN EL COLEGIO SIMÓN BOLÍVAR
DESCUBRIMOS.....

La contraportada

Modelo pedagógico

La propuesta de modelo está basada en los modelos pedagógicos constructivista-social y el significativo. Del primero se emplea la interacción colectiva como la fuerza que impulsa el desarrollo y el aprendizaje. Del segundo se tienen en cuenta los conceptos y vivencias propias que tienen los estudiantes y que aportan en la construcción de conocimiento.

Qué enseñar

Se propone enseñar en los estudiantes el gusto por la lectura, la posesión del texto para ser abordado como objeto de compañía —que debe cuidarse— y como instrumento para socializar historias de vida, vivencias y memorias que les permitan compartir sus experiencias a la comunidad educativa mediante el Conversatorio Anual Institucional.

Cómo enseñar

Enseñar requiere la planeación de actividades que van desde la elección del texto a leer —teniendo en cuenta la población a la cual va dirigido—, pasando por enseñar a tener posesión del libro —compromiso y responsabilidad con su cuidado—, estimular la lectura dirigida o acompañada, su socialización y su cruce con historias de vida propias de los estudiantes, hasta construir el conversatorio para la comunidad educativa.

Recursos

El insumo principal es la colección de textos Libro al Viento, material asignado por la Secretaría de Educación Bogotá. Este permite garantizar que al abordar la lectura cada niño o joven tenga su propio ejemplar en calidad de préstamo. Para la presentación del conversatorio se utilizan todos los recursos con que cuenta la institución educativa, *videobeam*, micrófonos, amplificadores y computadores. A esto se suma el recurso humano de los estudiantes, la maestra e invitados.

Población

Hago parte del equipo docente del Colegio Institución Educativa Distrital Simón Bolívar, ubicado en la localidad 10 de la ciudad de Bogotá. Cuando nació el proyecto, hace 5 años, se realizó especialmente con los grados décimos y once de la jornada de la tarde. Sin embargo, cuando se dio mi traslado a la jornada de la mañana en 2011, el proyecto incluyó a los grados novenos. Actualmente, la propuesta se empieza a implementar en grado sexto, de manera que permita un mejor acompañamiento del goce y disciplina de la lectura.

Evaluación

Es necesario el acompañamiento constante de la lectura, más por placer que por imposición, debido a que el objetivo de la propuesta es que los chicos escuchen, lean y hablen. Lo anterior se da mediante conversaciones que se convierten en herramientas para la evaluación del ejercicio de la lectura. También es necesaria la retroalimentación de los padres, quienes acompañan también este proceso en casa mediante la elaboración de talleres diseñados especialmente para cada libro. Por supuesto, estas actividades tienen una valoración en el desempeño académico de los estudiantes en la asignatura de Lenguaje.

Artículos con el PEI

La propuesta pedagógica se articula con el Proyecto Educativo Institucional (PEI) desde el eje de comunicación y se está integrando al eje de convivencia desde la propuesta del PIECC (Plan Institucional Educativo de Ciudadanía y Convivencia).

Los agradecimientos - el resultado

Utilizar los textos de la colección Libro al Viento para llevar a cabo esta propuesta pedagógica en la clase de Lenguaje ha permitido que los estudiantes y expositores descubran legados, entre otros, históricos, familiares, culturales y gastronómicos, y que los enlacen a su propio entorno, socializando y visibilizando estas historias de vida con sus compañeros.

Se ha logrado que los chicos en estas edades conversen, hablen entre sí y se escuchen atentamente. Se trata de escuchar para hablar y para ir más allá, integrando a la lectura temas del diario vivir y contextos que incluso superan la imaginación. Respetar y escuchar han sido actitudes fundamentales porque se reconoce, se valida, se visibiliza el compañero de clase y su historia. Estas experiencias han permitido a los alumnos descubrir otras culturas e incluso la propia, valorándola; han permitido comparar aspectos del pasado y del presente y que se sientan orgullosos de su origen y del legado familiar. Han permitido acercarlos a otros contextos culturales y motivarlos a explorarlos.

Estos paralelos entre el contenido del libro y las experiencias de vida desarrollan posiciones críticas de reflexión, e incluso cambios drásticos de paradigmas personales, pues en algunos casos su conocimiento previo o el que aporta el libro se ve rebozado por la realidad extrema. Esta confrontación ha permitido una conexión entre el estudiante-lector, su experiencia y la construcción de conocimiento. En este aspecto se integra la familia, porque al libro pueden recurrir para indagar, construir historias que desconocían, y en algunos casos, convertirse en oficiosos «detectives» para encajar piezas sueltas de un rompecabezas.

Después de cada conversatorio se aprecia un cambio en la audiencia, que quiere leer. Entonces solicitan el préstamo del libro. Algunos son primeros lectores, otros quieren releerlo, con el fin de precisar detalles, comparar aspectos que les llamaron la atención; la curiosidad y el interés se despiertan. Durante el proceso práctico de la propuesta se ha observado un mayor número de rotación y utilización de los libros de la colección. Se hizo necesaria la creación de la Sala de Lectura de Libro al Viento, actividad que también lideré para mayor organización en la asignación y control de los textos de lectura, facilitando el trabajo del proyecto lector dentro del plan de estudios institucional.

Un logro no menos importante ha sido la tarea de conservar los libros, ya que el colegio cuenta orgullosamente con una buena cantidad y calidad de textos para continuar con esta propuesta.

Actualmente el proyecto comienza a llevarse a cabo en grado sexto, con el fin de implementar desde estas edades el goce y la disciplina de la

lectura, desarrollar el hábito de escuchar y escucharse a sí mismo y, por supuesto, agudizar el ingenio para que el estudiante esté atento a cada oportunidad que ofrece un texto, integrando experiencias de vida al libro para que, finalmente, cualquier estudiante diga: «Hoy me atrevo a contar mi historia aquí».

Referencias

- García, A. (2012). *Recetario santafereño*. Bogotá: Libro al Viento.
- Ospina, W. (2006). Lo que entregan los libros. En W. Ospina: *Por qué leer y escribir*, pp. 45-64. Bogotá: Libro al viento.
- Robinson, H. (2011). *Navidad con Tante Friday*. Bogotá: Libro al viento.
- Secretaría de Educación del Distrito (SED) (2013). Recuperado de: <http://www.educacionbogota.edu.co>
- Sófocles. (2004). *Antígona*. Bogotá: Colección Libro al Viento.
- Tolstói, L. (2005). *Fábulas e historias*. Bogotá: Libro al viento.
- IED Simón Bolívar, Localidad 10. Recuperado de: <http://www.educacionbogota.edu.co/sitios-de-interes/nuestros-sitios/agencia-de-medios/noticias-institucionales/como-en-el-libro-mi-bisabuela-tambien-fue-esclava>